

La participación de los alemanes en la liberación de la América del Sur

Por Florian Kiensl

Durante la guerra mundial, cuando en la América del Sur se hizo sentir la influencia del poder de la Entente contra Alemania, un hombre del Estado colombiano, realzando los méritos de los alemanes, para el desarrollo nacional y cultural de su patria, manifestó que no debemos olvidar, que Juan Uslar y sus compañeros nos prestaron su ayuda en la lucha por nuestra libertad.

Un nombre se levanta de los tiempos remotos, y adquiere importancia en las cuestiones decisivas de la actualidad. Para nosotros los alemanes no es más que un nombre. Sólo para algunos expertos se relaciona con él un concepto exacto. No se ha escrito hasta hoy día en Alemania la historia épica de Uslar y de los otros libertadores alemanes en la América del Sur. Se encuentra sólo en las páginas de gloria de las crónicas sur-americanas, y muchas veces sigue viviendo sólo en la memoria de los pueblos, por los que han luchado estos próceres.

De seguro que los alemanes no tomaron parte decisiva en la libertación de los países sur-americanos, pero sus obras son dignas de mencionarse al lado de las del general Steuben, colaborador y compañero del gran Washington, motivo suficiente para recordarlos también en Alemania y así, reanudar y profundizar tanto aquí, como más allá de los mares, por medio de la investigación común, el vínculo que se formó antiguamente en los campos de batalla en la América del Sur.

La mayor parte de los participantes alemanes en las guerras de la independencia (1810—1825) eran sa-

jones especialmente hanoveranos. Después de la batalla de Waterloo fue disuelta la Legión Alemana del Rey, cuerpo hanoverano que pertenecía al ejército británico. Entonces muchos veteranos se aprovecharon de la oportunidad ofrecida por los agentes de Bolívar para adquirir una nueva existencia en América. En los años 1818 hasta 1820 debían haber salido cerca de 1000 alemanes para la Costa Firme, en parte a solas, en parte en grupos. La mayoría de los transportes de tropas salió de Londres, formando su mayor parte ingleses y su menor parte alemanes. Un ejército exclusivamente alemán de húsares hanoveranos fue formado por primera vez a fines de 1817 en Bruselas por el coronel Streeruwitz probablemente austriaco. Estos lanceros de Bruselas, como fueron llamados, llegaron sin su jefe Streeruwitz, a los Estados Unidos, haciendo rodeos por caminos peligrosos. Aquí fueron detenidos durante semanas por orden del representante español y fueron puestos en libertad sólo después de largas transacciones. Cerca de 150 hombres entraron en Angostura por el Orinoco. En un corto tiempo el número de soldados debió haberse reducido mucho. Leemos de la terrible epidemia de tifus y de la fiebre amarilla entre los legionarios europeos y de las insoportables privaciones que tenían que sufrir en el país empobrecido por completo y desolado por una guerra de 7 años. Muy pronto los alemanes ya no aparecieron en formación independiente sino como miembros de la Legión inglesa bajo el mando del coronel Rook. No conocemos muchos de estos nombres pero, sin embargo, sabemos que algunos se han distinguido por su valentía o han adquirido grandes méritos por la formación de tiradores indios, así como: Carlos Wihelm, Tomás Boysen, los hermanos Tritton, los capitanes Seybold y Palmer, el coronel Federico Rasch, el corneta Heyliger, los tenientes Schrader y Reber. En parte adquirieron en el curso

de las guerras siguientes puestos muy altos en el ejército y más tarde se han establecido. En general los alemanes fueron más apreciados, gracias a su modesta conducta y camaradería que los Ingleses, los que muchas veces causaban gran escándalo como disputadores egoístas.

La Legión de Rook tomó parte en la empresa más grandiosa de Bolívar, en el paso de los Andes y en la liberación de Nueva Granada en 1819. Durante muchas semanas los soldados marcharon por un desierto ardiente hasta que comenzó la lluvia inundando las sabanas tanto que ellos tenían que vadear en el agua hasta la cintura. Después de todas estas penosas circunstancias tuvieron que sufrir el paso fatigoso y casi inaccesible por la selva y la subida a las altas montañas. El camino estrecho y escarpado conducía a enormes alturas, siempre a lo largo de profundos abismos. Todos los cañones y caballos se perdieron. Lo más terrible fue la subida al páramo de Pisba. Altas rocas encostradas de hielo lo debían pasar trepando. A los soldados se les pasmaban las manos y los pies, apenas podían llevar ellos sus fusiles, tenían que abandonar sus mochilas. Con grandes tempestades y azotados por abundantes nevadas debían pasar la noche. Les era imposible hacer fuego, y las gentes no le restaba ya más que girones en el cuerpo. Así se ponían tanto el uno al lado del otro, como uno sobre otro, buscando así el calor en sus cuerpos. Una gran parte del ejército—de seguro también algún alemán—pereció en esta noche tenebrosa y en la marcha siguiente sobre la helada meseta. Sin embargo Bolívar se atrevió al ataque al llegar al país deseado. Sus soldados y no por último término los legionarios anglo-alemanes, realizaron verdaderas maravillas de valor. Cerca del Pantano de Vargas y del puerto de Boyacá los ejércitos españoles fueron totalmente destruidos. Gracias a estas

victorias Nueva Granada—hoy día Colombia—llegó a ser un país independiente. El hecho de que los alemanes han participado honestamente en esta empresa, sus compatriotas pueden recordarlo con orgullo, como pueden estar seguros también de la gratitud de Ibero-América.

En las luchas llevadas a cabo al mismo tiempo y en las posteriores en Venezuela, Juan Uslar, como participante en ellas, desempeñó un gran rol. Nacido en 1779 en Lockum (Hannover) en la hacienda de sus padres, obtuvo su instrucción militar en la Academia de Londres y después tomó parte durante toda la guerra de 10 años contra Napoleón hasta la batalla de Waterloo como oficial de la Legión. En 1818, después de su licenciamiento, se puso en relaciones con el representante de Bolívar en Londres y obtuvo de él el consentimiento de formar en Hamburgo un cuerpo de tropas auxiliares hanoveranas.

Era un verdadero tipo sajón, tranquilo, varonil y parco en palabras. Por la nobleza de su alma y por la firmeza de su carácter, ganó en todas las situaciones de su vida, la confianza y el respeto por todas partes. No buscaba la aventura—todo lo que emprendía tenía fundamento. Pero parecía vivir en él, el espíritu de aquellos caballeros andantes de la edad media, que salían para vengar injurias, o para prestar ayuda a algún noble hidalgo. Sólo por la profunda admiración al libertador Bolívar, quien desde ya 7 años, resistía con un pequeño grupo de soldados, a la potencia mundial española, resolvió a dejar su patria.

Uslar, junto con su amigo Federico von Clauditz, comenzó enseguida a reunir a sus antiguos camaradas de guerra, más o menos 300. Se presentaban dificultades tras dificultades. Los fondos no le eran suficientes. Uslar tuvo que vender su hacienda, y poner a disposición los ingresos. Y cuando por fin todo estaba pronto

para la salida, y los buques «Plutus» y «Gambler», se encontraban en el puerto, llenos de tripulación y muy provistos de armas, el Senado de Hamburgo, por orden del consul español, ordenó la detención de los dos Jefes de la expedición. Clauditz pudo huir a tiempo en el «Gambler». Uslar fué detenido. Pero el agente de policía que le interrogó debió haber sido muy poco experto. Uslar sacó de sus bolsillos una carta cerrada y fingió con un aire de inocencia que debía entregarla a su amo a quien buscaba en vano. El funcionario se dejó persuadir de su calidad de criado y le dejó libre. El viento le era favorable. Apenas Uslar estuvo a bordo, mandó levar las anclas y las autoridades del puerto tenían que dejar pasar los buques mercantes ingleses.

El paso por la Costa Firme estaba tranquilo, pero los capitanes ingleses no se habían informado lo suficiente sobre la desembocadura del Orinoco en cuyas orillas debía encontrarse la fuerza militar de Bolívar. Varias veces tocaron en partes no navegables del río hasta que se vieron obligados a desembarcar en la isla Margarita en la costa venezolana. Aquí Uslar encontró un cuerpo de tropas auxiliares inglesas y al general venezolano Urdaneta, del cual supo que el Libertador estaba ya en marcha a Nueva Granada, y ya no le era posible alcanzarle. Pero sin vacilación alguna prestó el juramento de lealtad al general sustituto, acto que no hicieron los ingleses, que por causa del retraso del sueldo y de la mala comida estaban descontentos.

Pasaron tres meses hasta que las condiciones se habían allanado tanto que Urdaneta pudo osar un ataque contra la costa del norte del continente. Desembarcó cerca del importante puerto marítimo de Barcelona. Con gran valor los independientes, los hanoveranos a la cabeza asaltaron el Morro, fortaleza que se encuentra más arriba de Barcelona, y muy pronto la

ciudad estaba en sus manos. Pero las tropas se vieron hondamente desengañadas en la esperanza de recibir ahora mejor comida. Se encontraba sólo un almacén de bebidas alcohólicas, y este descubrimiento tenía como consecuencia, que los ingleses se embriagaron insensatamente en su desesperación poniendo así en el mayor peligro al ejército. Sólo gracias a la energía de Uslar, quien tenía a su gente en severa disciplina, los españoles que estaban en avance no se aprovecharon de esta situación; también más tarde cuando los ingleses comenzaron a pasar al lado del enemigo, amenazando al comandante Urdaneta, se probó otra vez el carácter varonil de Uslar. Logró restablecer la disciplina, tanto que el ejército pudo seguir su marcha al interior del país hacia el Orinoco. Restrepo, primer cronista de las guerras de la independencia, habla con gran respeto de los méritos de los hanoveranos. Concede la mayor importancia a su firmeza de carácter, a su valor y a la superioridad espiritual y moral de su jefe en esta guerra.

En Maturín, al interior de Venezuela, quien Uslar recibió la orden de regresar a la isla Margarita para encargarse acá de la dirección de la Legión irlandesa recién llegada. Se puso en camino hacia la costa acompañado sólo de un criollo. Tuvo que atravesar un largo y peligroso camino por un país montañoso y desconocido. Por casualidad llegó al mar precisamente en este lugar escondido donde un buque estaba preparado para la salida a la isla Margarita, pero apenas la pequeña tripulación hubo echado las velas, cuando se acercó una cañonera del enemigo, forzándoles a que se rindiesen. Con gran presencia de ánimo Uslar arrojó al agua sus papeles y trató de alcanzar nadando la otra orilla de la Bahía. Pero todo fué en vano. Cayó prisionero y fue puesto en grillos. Desarmado tenía que ver cómo los españoles daban muerte a sus soldados,

uno después de otro. Guerra a muerte! Fue la guerra, donde se salvaron raramente prisioneros. Hasta el mismo Uslar fue llevado a Caracas, la capital, con motivo de su condenación. Cuando se le preguntó si quería entrar en el ejército español, no hizo más que un gesto desdeñoso. Luego el consejo de guerra le condenó a muerte. Pero después de haber esperado semanas a la ejecución fue por último indultado por el Comandante, y condenado a la vez a un trabajo forzado, durante toda su vida. Atado por un pie, junto con un negro, tenía que arrastrar las piedras para la construcción de un puente, pero con aire sereno y la frente alta—así lo describe Restrepo—soportó su suerte. Años más tarde cuando fue un hombre rico le gustaba mostrar a sus huéspedes el puente llamándolo, con mucha gracia, «su construcción», porque muchas piedras eran testigo de sus fatigas.

En 1820, después de la victoria de Bolívar en Nueva Granada, se firmó un tratado entre las fuerzas beligerantes, después de haberse acordado la liberación de los prisioneros por un intercambio recíproco. Uslar fue uno de los primeros pedidos por Bolívar. Sólo ahora el hombre tan maltratado por la vida, tenía la suerte de ver personalmente al hombre tan admirado. Bolívar le recibió con grandes honores en su cuartel general, abrazándole como a un antiguo amigo, y le nombró Comandante del glorioso regimiento «Vencedores de Boyacá». Durante los meses siguientes se realizó la actividad más importante de Uslar. Fue necesario dar al ejército principal la mayor fuerza militar para la próxima batalla decisiva. El 23 de junio, las fuerzas adversarias estaban frente a frente cerca de Carabobo. Uslar tomó parte en el asalto temerario que arrojó al enemigo de su puesto, en la cima de la montaña. Varias veces su regimiento tenía que retirarse con grandes pérdidas. Entonces tuvo que resistir el contra-ata-

que en medio de la subida a la montaña, hasta que el célebre General Páez y la Legión anglo-alemana le socorrieron rompiendo junto con él, las filas de los españoles. También en la persecución del enemigo se distinguió Uslar. Una vez llegó precisamente en el momento, cuando un indígena estaba a punto de atravesar con su lanza al jefe de un batallón español, que se había rendido. Uslar intervino en el último momento salvando la vida al español. Era uno de los oficiales, quien había escupido a Uslar cuando en tiempos anteriores se encontraba encadenado.

Después de la victoria de Carabobo, por la cual Venezuela llegó a ser para siempre un país libre, Uslar recibió el mando de formar una guardia de honor. Uslar eligió de todos los regimientos las figuras más grandes y más fuertes—ninguno menos de seis pies—instruyéndolos en el ejercicio militar según las reglas del gran rey prusiano. Esta guardia fue el orgullo y desde entonces la mejor arma de Bolívar. Es curioso hasta qué grado copió las cualidades de su jefe. Mostraba, como lo atestigua Duarte Level, el ademán tranquilo de los alemanes, fue perseverante y leal y formado mejor que ningún otro ejército.

Uslar no quedó a la cabeza del ejército durante mucho tiempo. Cuando Bolívar salió para la liberación del Ecuador, del Perú y del Alto Perú (Bolivia) fue enviado al sitio de la fortaleza Puerto Cabello. También en este puesto dio muchas pruebas de valor y de sus capacidades. Cuando fue tomada la última fortaleza de la dominación colonial española en Venezuela, Uslar se retiró del servicio militar, compró un terreno cerca de Carabobo y se casó con una hermosa criolla. Fue uno de los más felices legionarios que en su nueva patria adquirió grandes riquezas. «Alto Uslar» es hoy día una de las plantaciones más conocidas de Venezuela. Lo que creó el héroe con su trabajo tenaz, fue pre-

miado por la Providencia, tanto en sus hijos como en sus nietos. Murió a la edad de 87 años y su muerte fue sentida en todo el país. Se decía de él que no dejaba a ningún enemigo. Fue magnánimo y caritativo, y se mantuvo separado de las desgraciadas guerras civiles posteriores. Sólo a un hombre se sintió obligado y éste era el Libertador. Y el fin trágico de Bolívar le causó el más profundo dolor.

Muchos otros nombres están inscritos en las tablas de honor de la época heroica de la América del Sur. He aquí a Julio Agosto Reinboldt, nacido en Stade. Fue considerado generalmente como uno de los mejores oficiales de Colombia, luchó heroicamente cerca de Carabobo, en frente de un regimiento de tiradores, recibió más tarde un puesto de comandante en Cartagena, fortaleza más importante de la América del Sur, de donde luchó con éxito contra los peligrosos indios Coahiras, se casó con una criolla en Maracaibo, muriendo pocos años después, probablemente de un acceso de fiebre en 1831. Sus descendientes son una familia distinguida en Venezuela. Enrique Weir tomado erróneamente por un inglés entró al ejército de Bolívar ya en 1817. Tomó parte en las luchas hasta el fin de la guerra y más tarde durante muchos años en calidad de general en las guerras de la revolución. En total sirvió durante 50 años en su nueva patria. Murió venerado por todos en 1871, y con él murió uno de los últimos legionarios.

El general Felipe Moritz Martin, que había luchado anteriormente en la batalla de Trafalgar, bajo el mando de Nelson, gozó de la singular venia de Bolívar a causa de su gran valor, recibiendo de él después de firmada la paz una granja en Colombia. En primera fila entre los beneméritos alemanes, se encuentran también Eduardo Brand, quien también tomó el comando de la Legión extranjera en la batalla de Carabobo, el general

de brigada Federico von Eben; el teniente coronel Agustín Freudenthal, sucesor de Uslar en el campo de guerra en el Ecuador y el Perú y más tarde gobernador de Caracas. Acá y allá se levanta también el nombre de Enrique Luzón (el que llevaba este nombre era Enrique Lützow), primo del célebre jefe del cuerpo libertador durante las guerras napoleónicas. No sabemos mucho de él. Pero debe haber tenido su importancia, porque cuando murió como general de división en la batalla de la revolución de Uraoa en 1860, fue enterrado en el panteón de Caracas. El capitán Holst, ayudante del general Urdaneta, no tuvo un entierro tan suntuoso, pero no por eso una muerte menos gloriosa (murió de fatiga en el asalto de Cumaná). Un trágico fin tuvo también el teniente coronel Carlos Sowerby de Bremen, quien había luchado en el ejército de Napoleón cerca de Moscou y de Borodin y quien fue atravesado por dos lanzas cerca de Junín en el Perú—y la misma suerte le cupo a muchos otros soldados alemanes desconocidos que formaban la vanguardia de la Legión Irlandesa y por desgracia llegaron a una emboscada de los indios Coahiras en el «Río Hacha».

Una personalidad entre los jefes de ejércitos alemanes de las últimas guerras y que merece especial mención es Otto Felipe Braun. Oriundo de Cassel, vino a Colombia en 1820 a la edad de 22 años, entrando en el ejército Libertador como subteniente. Su brillante y honrosa conducta, su carácter adaptable a todas las circunstancias, su aspecto simpático, rubio, de figura gigantesca, le aseguraban una rápida carrera. Cerca de Junín en el Perú, en esta batalla singular, donde no fue disparado ningún tiro, el ataque temerario de Braun contribuyó a un feliz éxito. Escribió desde la Paz (Bolivia) sobre este asunto a sus padres: «Después de las graves fatigas de una marcha de un mes nuestro ejército, el 6 de agosto se encontró frente al enemigo en

una gran meseta. Los españoles al vernos querían retirarse inmediatamente, pero Bolívar dio el mando al ataque a nuestra caballería que se encontraba a media hora de distancia de la infantería. Poco después como a las dos de la tarde empezó la batalla que debía decidir la suerte del Perú. El enemigo disponía de 1400 jinetes (la infantería retrocedió), nosotros no teníamos más que 900. Mi escuadrón estaba a la cabeza. Entonces la caballería del enemigo comenzó el ataque antes de que la nuestra estuviere en orden de batalla, al mismo tiempo tanto de frente como por los lados. Con tanta vehemencia que todos los escuadrones que se habían puesto de mis espaldas se vieron en la mayor confusión. En el primer encuentro abrí una brecha en las filas del enemigo, con gran éxito recibí sólo dos pequeñas lanzadas. El Libertador en persona mandaba el comando; ya lo había dado todo por perdido y me tomaba por muerto cuando de repente el enemigo a quien yo atacé ahora por las espaldas huyó de una manera muy poco honrosa ... En el campo de guerra el Libertador me nombró teniente coronel abrazándome con los ojos llenos de lágrimas». A pesar de que sólo en una pequeña parte de las fuerzas militares había luchado cerca de Junín el éxito fue grande y duradero. Influyó en la moral de las tropas y contribuyó en gran parte al fin favorable de la última batalla de las guerras de la independencia, Ayacucho, en la que además Braun se distinguió. En qué opinión más elevada y noble tuvo Bolívar los grandes méritos de Braun, se puede verlo de un documento entregado a él por el Libertador con muchos elogios y un regalo de honor de 10.000 dólares.

Braun quedó en Bolivia como Comandante de las fuerzas militares colombianas, estacionadas aquí, a quienes condujo victoriosamente en la guerra civil contra los peruanos. Cuando Sucre, general victorioso de Aya-

cucho y primer presidente de Bolivia depuso el mando, Braun obtuvo el mando sobre toda la fuerza militar boliviana. Todavía en muchas batallas defendió con éxito la causa de Bolívar. Después de una victoria decisiva contra los argentinos fue nombrado Gran Mariscal de Montenegro. Pero después de un cambio gubernativo —mucho después de la muerte de Bolívar— fue desterrado. Así pudo por fin regresar a su patria. Los ingresos de grandes minas de cobre que había adquirido en Bolivia y que todavía hoy día están unidas a su nombre, le aseguraban una vejez descansada.

«Permanecí siempre su amigo y su admirador—posee el genio de Napoleón y las virtudes de Washington». Así escribió Braun una vez sobre Bolívar. Y así pensaban todos los alemanes que habían consagrado sus vidas al Libertador y a la causa de la libertad de la América del Sur. Uno de ellos y uno de sus representantes más dignos marchó en 1842, detrás del féretro, cuando los restos mortales de Bolívar fueron trasladados en solemne romería a Caracas. Llevaba el uniforme descolorido de la guardia de honor. Las lágrimas corrían por sus mejillas—era Juan Uslar.